

Q
498.29
476
3

UNIVERSITY OF ARIZONA



39001011762849

Apelardo Sánchez León

OFICIO DE SOBREVIVIENTE

The background of the book cover features a complex, abstract pattern of black and white geometric shapes, resembling a woven fabric or a stylized architectural structure. The pattern is composed of various sizes of rectangles and triangles, creating a sense of depth and movement. A small, dark, irregular shape is visible near the bottom center of the pattern.

mosca azul editores



Digitized by the Internet Archive
in 2024

Abelardo Sánchez León / *oficio de sobreviviente*

Abelardo Sánchez León

P.Q.

8498.29

A476

03

**OFICIO DE
SOBREVIVIENTE**



mosca azul editores

PRIMERA EDICION: 500 EJEMPLARES
LIMA, 1980

EDICIÓN
SOBRE LA VIDA

© Abelardo Sánchez León

© de esta edición
Mosca Azul Editores S.R.L.
La Paz 651, Lima 18

EN CARA

EN CARA

a Luis Peirano

Las rebeldías han convertídose apacible crónica,
manuscrito a lo más para un artículo visceral
pues actos fueron de incomprendida vanidad aquellos
que a la distancia acalambran los sentidos.

Ni qué decir de la cabeza:
ávida de dar direcciones y contenidos
se sumerge en el mundo de las evidencias
—por fácil es fácil considerarlas humanas—
para que dispongamos de esos actos y realidades
y priorizar, si hasta risa da,
lo mejor que sombríos encubren, detrás,
en aquellos peregrinajes cotidianos en el correrse de la existencia.

Los corredores de que nos hablan los literatos una vez
perdidos los sueños
son tan ciertos como las evidencias de la juventud
que nos dejó un cofre hundido en el océano.

Tentados de dividirnos en tantos cuerpos
 como poros nos aislan
átome a la saliva de un miserable recuerdo.
Esta sucesión que en continuidad de las estaciones nos fragmenta
capacítanos también a referirnos a nosotros como a otros.

En vano acerco así mi rostro al espejo.
Sin distingos, esa masa de acné entre la barba de algunos días
 hace más saltones los ojos,
los labios más delineados, las cejas encorvadas.
Sé bien qué es mirarse a la cara pues demoro en hacerlo.
A tientas, entre las losetas blancas,
emerjo como un pez en la amplitud del cielo.
Hay en esa cara un sabor entrecruzado de satisfacción
 de no estarlo
y desvencijada vanidad de haber comprendido.
De descubrir en las formas el aliento de vivir
 y soportarlo,
la manera como se consume el organismo,
conocedor de que el destino se pudo hacer y no se hizo:
allí la diferencia con los infelices y su secreto vínculo.

Me miro valientemente soportándonos el mutuo desprecio
 que ese ritual encarna.
Re corro salvajemente las habitaciones en que se descompone
 mi vivienda.
Descubro, sin sospechas, mi presencia en los objetos mínimos,
 los restos de un día varado.
Sé que estoy comprometido con lo que me tropieza
 visceral y con sangre,
un periódico, mis calcetines, la atroz repostería
 con su corazón de manzana.
Revoloteo en los orificios de una res descompuesta.

Hablar de mí es sentirme vivo aunque aburra a mis congéneres.
He visto con deleite sus campanillas,
las muestras por mi infinita cobardía y mediocridad.

La vida inmisericorde me ha dejado hablando de aquellas épocas
que el tiempo se encargó de cubrir con polvo obsoleto.
Entiéndelo, las rebeldías ésas son historia privada.
Los signos a los que pretendieron dar aire
se encuadran en otras referencias.

Aquello que se dio fuera de lo político
ha quedado bien tapado, cómico y anacrónico:
ni cuenta te das cuando recurrés a lo mejor de tu anecdotario,
humor, juego verbal, encabritadas contorsiones
para afirmar, sí, que también fueron dolorosas.

Todavía resuenan las risotadas esquivando al agua entre las piedras.
El aprecio que te es tan caro recógelo ahora como limosnas.
Anda, ve, ella incluso te mira de manera distante.
Dónde su brillo, Dios mío, cuando buscar en ti no le interesa.
La soledad del rezagado, cierto, no es necesario repetirlo.
Aparte de sus caras, conocedor de gestos, la mía:
como ustedes, sabe la manera de mi desprecio.

LOS BIGOTES DEL SALMON

para Alfonso Marroquín

Cuando llegaste a Saint Lazare
no conocías la historia del salmón
ni cuánto tarda en envejecer en su recorrido.
Luego supiste que regresa maltrecho para morir
al fondo de su pozo.
Sin escamas, con sus aletas a la deriva,
sólo perdura la furia de su instinto en contra de la corriente:
aspira sin atorarse lo que la vida le encima,
separa una noche de otra,
ordena las estrellas mientras se le queman las energías
y balbucea, penosa y a desgana,
para no encontrar sino desmontes en lo que fue su casa.
Venías de Jequetepeque —valle arrocero—
en la falda de los Andes sobre la arena.
Recuerdo bien esas fotografías en una plazuela desprovista
de sombras, a la intemperie,

cuando aún habían esos músculos en la cara
que le permitían los gestos, los movimientos y las expresiones.
Habías partido siguiendo una antigua consigna:
al alba dejabas para siempre esos montículos que las ventiscas
dispersan.

Luego venía el mar. Sus aguas revueltas.
Verdad y mentira, revolcones, allí nos encontramos;
peces jóvenes y bronceados,
ágiles entre las mareas infinitas que socavan.
Llegamos en ese recorrido que es el recorrido de la vida,
desprovistos y sin valijas.

El viaje empezaba.

Recuerdo tus amores y esa soledad tan aliñada.
La manera tan propia de comerte tus desgracias
que habían sido designadas para ti
mientras yo hacía lo mismo con las mías.
Fue una noche de éas que nos contaste la historia del salmón
en tanto la ciudad se retiraba con el sueño.
Los puentes sostenían en aquel entonces, como ahora,
el transcurrir del tiempo.

Noche que se va para dejar su lugar a un nuevo día,
sorprendidos por esa luz que se infiltra tenue igual al dolor.
Quisimos levantar las alas sin ser pájaros
y no pudimos sobrellevar más ninguno de los males
que se nos habían impuesto.

Corrían los años como galopan los caballos en una pradera
imaginaria.

Vi, entonces, el azul más intenso en los bordes del cielo:
la imagen de un mundo que abre sus puertas al público
e ingresé sin más convicción que la de saberme vivo.
Habías partido luego que narraron tu historia exacta a una leyenda.
Llegabas otra vez —narración absurda— como se despeña la marea.

Sin cartas estábamos en otros caminos,
los mismos que nos conducen sin que nadie nos aguarde.
Vivías por allá, anécdotas y un hijo.
Las fotografías de la plazuela aquella.
Las aguas del pozo están densas después de las últimas lluvias,
el río ha crecido boca abajo en las laderas.
Obvio, aletas desprovistas y cansadas,
las aguas revueltas se aplacan sobre la extensión de tu cuerpo.

DE VUELTA A CASA

El pelotas ha vuelto.

Lo esperan con su vaso de leche (mala leche) con su chancay,
su postre favorito deslizándose en la noche de las amarras
de los puentes

y mira con su cara perdida.

Las nuevas edificaciones le dicen que el tiempo también debe
de haber marcado el rostro con huellas ineludibles,
amargadas que deben estar allí,
escarnios y noches de agua salada.

Remira con sus ojillos y acá está de nuevo en la inmensidad
de la tela de araña y las presiones,
la pobreza es un golpe en el hígado,
una vaciada torpe en una noche de desamparo.
Acá está entre los barrotes que nunca pudo dejar,
su marco de referencia, sus ejemplos y anécdotas,
las historias que se pegan a la memoria como la ladilla de la
juventud.

De nuevo en su país y las contradicciones,
entre los ricos y los pobres, los arribistas y los mediocres,
los astutos y los lobos y los corderos,

en el medio, pelotas,

mirando cómo se devoran el páncreas.

La noche no cubre aún con su negro crespón
y ha de verse esta realidad más clara y nítida, sin vergüenza,
acá, pelotas, habrás de desenvolvérte.

No todo son revoluciones ni terremotos,
cotidiana transcurre como un velo gaseoso que se expande sin bríos,
amortiguadora.

Son los días que pasan y se dejan ver a medias

en las mujeres y los sueños y uno está allí,

uno se está muriendo a la larga y alargándola

mientras se suceden las cosas por lo bajo entre murmullos

y sombras,

a veces no, alzas la voz, te amargas, te empecinas

en un mundo subterráneo donde los espejos traicionan y develan.

Mide bien el peso de las palabras y los actos,

ve cómo se enlazan al mundo de las ideas que has ido hilvanando
entre los viajes al meollo de tu ciudad, al arenal barroso,
a los basurales que se pegan como cadáveres en las noches

al borde de las escalinatas.

(Mi vida, sí, ojalá mantuviera la lozanía de un ebrio

en el mismo sitio donde los objetos por fin empiezan a guardar
coherencia con su lugar y este buen eructo).

Estarse así como el sabio, pelotas, y la política.

Estarse así en un hotel para ver lo resplandeciente del mundo
en la fugacidad de los parroquianos. Muchas caras,
muchos corazones he visto rodar hasta el mismo sótano

y aquí me tienen, vean, el mismo.

Hacerse de un sitio en este país, ir pensando, aunque sea
con desidia y malagana.

No todo son revoluciones ni terremotos,
no todo brilla como el sueño encima de la montaña.
Predomina ese gris baldeado, esa noche fugitiva,
esta misma carroña en un sonsonete que se infiltra por las orejas,
mordaz, y ausculta esos hombros caídos,
el andar desprovisto de un encuentro casual, aunque sea,
con la revuelta.

GRITERIO

De mal humor y a desgana
sin venir de ninguna Selva Negra
ni haber llegado a las ciudades en tiempos de guerra
entre puntapiés nos abrimos paso hacia el transporte,
hacemos cola con una escopeta en la camisa,
qué rota ni qué rota la camisa...
aproxímate y te abro en dos,
e ingresamos a los ministerios
como quien busca la lápida de su padre,
empieza y verás, te arrimo una buena...

Por allá pasa un coché bien ventilado, hurga y olfatea:
mira por la ventana de este ómnibus cómo las fachadas
son sólo fachadas de un mundo que se pulveriza.
Sería bueno quedarse en piyama mirando por la rendija
del departamento si da a la calle

o al patio donde la oscuridad se alterna con la ropa interior.
Botar a estos mocosos que joden y joden a jugar a la calle.
¡A la calle, mañosos!
Un chorro de agua helada a ver si destiempla
este organismo mal ajustado,
pero otra vez el hastío empieza a insinuarse con la noche.
Meses que no se lava el pelo y sus medias huelen a chivo.
Está más idiota que su madre. Qué familia más imbécil ésa.
¡Ciérrenme las cortinas del espanto de una vez!
¿Soy o no soy su padre?
A dormir, entonces, testigos venales de la muerte.

ALAS DE MARIPOSA

Diseñado / nonato o muerto / en el gabinete.
Detenido lo que fue sin que lo haya sido,
el azar me convence que este sitio fue el sitio desde un inicio,
el movimiento exacto de la jugada maestra
similar al engranaje de los astros, allá, por el firmamento.
Atome acá sellado hasta el fondo a las raíces de los álamos,
estancado incólume en el estanque,
alas plegadas sobre los hombros.
Igual a las mariposas embellecidas por sus alas
el pájaro sabe bien que no irá muy lejos con sus propias alas.
La muerte lo concentra todo mientras la vida lo dispersa,
el fuego se expande igual al viento por entre la quietud
de la floresta,
mi existencia que fue una —la vivida y la muy perdida—
está allí entre los alfileres en la urna que el vidrio
pretende brilloso mantener con el gesto perenne.

Que quede por los siglos de los siglos rotando en el mismo sitio
donde lo muerto se jacta de estar aún con vida.

Mantengamos la compostura que nos da la carne estirándonos
en la dimensión exacta.

Debí haber sido, condiciones dadas, mas fui esto,
el camino era azul, el de los tulipanes en sombra,
río en cuyas aguas los pastos se inclinan.

Buena combinación de elementos que culminen en el retrato que
pudo ser,

aquí me tienen —posibilidades— rebotando contra el vidrio que me
encierra,

incapacitado de decirme no eres lo que eres,
bello en lo que no existe, aunque lo haya hecho.

Negras y amarillas o azules intercalando sangrías violetas,
tonos de oro y verde,

extendidas hacia el nor-oeste o hacia el sur que tanto estremece,
clavado en alfileres me tengo en el gabinete de los altos.

Final del día que se inicia, plenitud de la noche que concluye,
la luz del velador a tientas se consume.

LA ULTIMA COMIDA

Miedoso, cobarde, pero de qué santo Dios,
buen blanco de cualquier sitio,
listo para temblar con las palabras atragantándose.
Manada de sombras diestras en darmel alcance,
el mundo vuelve a taparse inmóvil en la existencia

—principio o final—

encuentro mirándome desnudo y sin nada,
listo a embarcarme hacia esas noches que están allí
sobre cogidas en sus cubretodos,
transitando fuera de lo maravilloso.

La imagen de quien cava su fosa es mía.
Qué puede dar lástima si lo valioso se dejó consciente
y a voluntad.

Opté, preferí la desgana, hacerme remolón para ver transcurrir
el cambio de las estaciones.

Lo decidí con la convicción que da el miedo y la cobardía.
Esa fue mi determinación.

Ser sincero, me dije, habrá de ser la consigna. Y me creí
apto para ello.

Viví por comodidad, funcional, calculado.

Ruin, sin hacerlo notar,
hábilmente había desarrollado el don de la convivencia,
conocí las reglas del juego, las conjeturas y las previsiones.
Era difícil delatarme.

A lo más lo haría con mi mujer y mis hijos.

Aprendí a gustar de ese cuadro costumbrista que resalta
en el comedor el centro de la familia:
mediocres bodegones, interiores, claroscuros, fruteros,
alacenas de madera.

Allí podía gritar espantado. Perseguirlo a correazos.

Me hice a mí convencido que otras alternativas no serían viables,
allí empezaba el raciocinio.

Inútil buscarme en otra parte:
los domingos, por ejemplo, son días muertos,
esbozo de una horripilante nostalgia echado en sollozos
que bien sabré ocultar en la semana que se inicia,
mis distinguidos señores,
después de la última golpiza me quieren dejar solo,
sin mis hijos, sin poder que me ampare.

Soy el imbécil que engendraron
pues se dieron maña de dejarme sin uñas ni para arrancarles
los ojos.

Listo a embarcarme el gatillo no funciona.

Mis ancestros lo hicieron mal y se volaron a medias el cráneo.

El mundo se desploma. Más vasto que nunca,
semejante a una pradera de potros salvajes listos a despellejarse.

LA GOLONDRINA DEL VERANO

67-68'

y mi imaginación no tiene más imaginación,
mis ambiciones tampoco, mis alegres correrías
han perdido en mucho su fortaleza
—buena dieta, lecturas, cinemas, conversación—
mis hembras son ahora aquellos despojos instalados definitivamente
y yo, mal ejemplo, una abstracción tan sólo que come,
fornica con su Sra. y defeca.

Yo andaba jovial y desprovisto de otras necesidades
que no fuesen las elementales, buen hijo de familia,
respetuoso, sin agriarles la sobremesa.

No me dejaba tirar de la lengua.

Era un gozador del sol, como las vacas, cerca del buen pasto.
Mis ojos no tenían el brillo de las navajas
y hacerlos sonrojar era ya bastante,

sin hacer caso a sus tremendos consejos de irse haciendo
de una situación en la vida.

Pero esta era la amenaza perfecta y venía justamente de ti:
cuadros de pintores amigos en la sala, una biblioteca respetable,
desenvoltura en varios idiomas, música selecta, recuerdo de viajes,
slides de museos, una mujer sin aspavientos, sin ser bella, inteligente,
conversación alturada, al día, pufs, sofás sin estridencias,
2 hijos lavados y atentos, el bar y tu eterna sonrisa en la cara:
qué gusto, pasen, qué se sirven...

No era ni fácil ni difícil
—las previsiones no sólo se anticipan al movimiento de los astros
o las tormentas,
indagan también los resquicios del espíritu y un gesto, un modal,
es suficiente.

Talentoso para embriagarme en los bares como para asistir a una
cena era injusto,
es más fácil descender que irse para arriba me decías,
para ti no es ningún esfuerzo tirarte por el aserrín
como para mí sentarme con esos hijos de malamadre,
el moro me llamaban por no decirme negro, así no vale,
no pasa de una mera formalidad, una payasada entusiasta,
sin dolor ni sacrificio.

No jugaste al juego de la revolución, es cierto,
y la universidad era una isla feliz.

Después venía lo bueno, la chancaca me decías, allí te quiero ver,
huele a candela.

Prosaico, los sueños rodarían por las escalinatas sin otro ruido
que el de un obeso alcoholizado requintando en voz alta.
Nada mueve este fardo instalado en un quiste.
Este sol brilla tan igual como antes o la niebla es tan espesa
como siempre.

Caminos, igual al tango, que el tiempo borra sin gracia ni escrúpulos.

Cómo era:

otoño del 64 en Berkeley, manifestaciones contra la guerra
del Vietnam,

Berlín el 67, Mesa Pelada, la Universidad en Italia, París en Mayo,
los 100 muertos del Tlatelolco, el Ché, la última mesa en la cantina.

¿Era así?

¿No iríamos a convertirnos de a pocos en el viejo ese que
nos hablaba

de cuando era joven y toda la sarta de sentimentalismo?

¿Seríamos?

¿No era nuestra más radical posición irnos a la porra,
fuera del sistema?

¿Valía la pena este pensar dándole vueltas amarrándonos
a una angustia sin hilos?

Nunca me diste la oportunidad de treparme al tren de la historia,
famosa frase que inquietaba mi espíritu.

Te pudrirás con los tuyos me decías, con ellos vivirás
y morirás como ellos,

e hiciste bien en no haber venido.

Cuánto tiempo ha pasado verdaderamente, hasta ahora,
que te atreviste a llamarme como dijiste

y he colgado mirando por la ventana la fealdad de la calle,
su poca monta, su ritmo,

la sensación de podrirse encerrada entre las mismas familias.

Mi mujer es como decías pero tiene el sueño ligero.

Se ha vuelto como yo, miedosa, y no tenemos nada,
sólo nuestros cuerpos para hacernos el amor y esperar la muerte.

LA GLORIETA

LA GLORIETA

En esa glorieta —y la estoy viendo—
para no ver el mar al fondo que arrasa y la arrasó,
espuma inútil, visibilidad que se enturbia,
láminas mal pegadas a la memoria,
hay aún piedras que se dan mutuamente la sensación de tiempo.

No he venido acá, domingos somnolientos,
—y sin embargo la estoy viendo—
a reconstruir las piezas de una historia humana.
Ese caballero de bigotes recortados aún vive solitario,
solterón, en la casona donde está una parte de tu vida, sí,
testigo ocular en el paisaje.

Una antigua historia de amor corresponde a antiguos amantes.
Una historia de amor debe ser rescatada siempre
en esos lugares de moho;
necesariamente hay que limpiarse los zapatos,
sacarse el polvo, las telarañas atadas a las sienes.

Despintada, rota, tasajeada, es una reliquia del balneario.
Una historia vana como las historias, personal,
individualizada en esas caricias que imagino,
ojos contemplándose, manos trémulas que a nadie importa

--ni a ellos ahora--

solterón, de horarios exactos,
quedó marcado para la eternidad de su efímera existencia,
la que llevamos como un bulto entre las pantorrillas,
arrastrada, sin quejidos ya, humilde, acostumbrada a callar.

Hay en mí ese oyente introvertido
que me une a sus frases la espuma sumergiéndose.
Todavía no he mirado su cara ni sus labios ni sus manos,
atento a ella, sus siluetas son vagas como se alzan las gaviotas.
Ella murió años después, la pobre, infeliz en su matrimonio.
Lo engañó como se hace con los niños,
para decirles verdad y mentira alternadamente,
para llorar seguro sobre esos vestidos de lino en los veranos
más calurosos,
dejándolo como ahora lo he visto de a oídas, caballero solo.
Amplió sin querer la mirada coincidiendo con sus últimas palabras.
Entonces, cuando vuelvo hacia él, contemplo sus labios
que poco a poco adquieren la quietud del mar a esa hora,
el peso del atardecer sobre su lomo.

JARDIN INTERIOR

El pater familia kafkiano, a la romana, el limeño,
bigotes negros recortados al filo de la navaja.

El papá ¡papi!

el burócrata que contempla a su hijo con amor y envidia,
que acaricia su cuerpo de adolescente bien pulido por el sol,

ligero y audaz,

llega a su sofá a quitarse los zapatos bajo la mirada de amor
y espanto de su esposa, ¡mami!

desarreglándose la corbata a la espera de un beso
en la frente.

(El terno es oscuro, cruzado y a rayas.

Los zapatos negros y brillantes.

La camisa blanca, sin manchas.)

La edad de la victoria o la derrota,
de las pasiones o los pasatiempos,
en aquella cuerda medido y controlado,
reprimido por su propia moral,

políticamente dubitativo, socialmente incrédulo,
banal y a la vez impotente, propenso a la cólera
y al estrépito.

El pater familia

y aquel sentimiento de castración al andar entre sus piernas,
espanto al chicotazo, a su furia, cuando explota, al reventar.
La autoridad en ese pequeño recinto posee el placer

de todo gobernante

—no importa la calidad o edad de los súbditos—

los vasallos siempre son esos seres temerosos con las manos
en la cara.

Su reino son los dormitorios, la sala, las terrazas,
allí practica el poder de los hombres disgustados
entre la esposa y la amante,
asfixiado por ese espejo que es el hijo
—réplica que se niega y rebela—
el futuro por delante.

Su matrimonio, su casa, sus pertenencias y enseres
lo agobian enjaulándolo en lo que una vez iba a ser
la construcción de su amor.

El futuro ha tornádose presente con lo despectivo
que ese estar en el tiempo posee.

Su mujer es ésa, ése su hijo, lastres que se encadenan
entre los pies.

La realidad se quiebra en límites cada vez más precisos
y angustiados.

Llega... Escucho el auto, la llave en la puerta, su respiración.
Los pasos son contundentes.

Espero su primera palabra, el tono, la manera en que va a modularla.
El temor me tiene enmudecido detrás de la puerta
mientras resopla en una marea submarina.

Ella lo aguarda desnuda exacta a un navío sin mástil ni vela.

HERENCIA DE LAS ARAÑAS

He visto rodar,
buen narrador en tercera persona,
los objetos por los cuales mi madre daría su vida.
Los he visto caer y añicos desplazarse por lo bajo,
quietos y sin formas,
aquejados que protegían del vacío y el desconcierto,
pues provengo de una raza tan limpia como débil,
demasiado refinada que apagó en ti todo esfuerzo y lucha.
Cuando estabas de regreso las clases medias pugnaban
 por hacerse de un sitio,
copaban los ministerios, los salones, los lugares de recreo,
la vista al mar era sinónimo de mal gusto, decadencia,
 postimería.
Raza palúdica, ni la mejor educación supo implantar
la competencia frente al cronograma de la historia,
buenos diagnósticos, excelente apetito,
el cultivo de las artes y el espíritu, vaya,

gustos que sólo traen desgracias y corruptelas,
por los suelos,
hasta los pies los candelabros y el jarrón chino,
triza y chasquido, boquiabierto
Eso explica quizá —y es bueno señalarlo—
la mezquindad de tus afirmaciones:
que no habrá mejor cielo que el oscuro y confuso,
mejor panorama que los astros sin firmamento.
Que si no has descifrado la manera de superar las raíces
no hay genialidad ni talento,
poco importa la honestidad si no hay senderos,
el revoloteo en un pozo sin fondo.
Escribe entonces sobre el vaivén monótono de las olas,
así vivirás y así escribirás,
que esta casa no vale si la desmantelan,
desnuda igual a los cuerpos limpios de polvo y tapados por él.
Ruedan y rasguñan despoblándose las paredes,
vastos recintos deshabitados —eran de la bisabuela—
legado que se reserva para las enfermedades,
si deban enterrarme, para que la sepulten con cristiandad.
Así lo prometimos los pies hundidos en el brillo de las arañas
cegándonos impúdicas y sin vergüenza: prometido, mamá.

SED DE INVIDENTE

De la mano, entre ambos, lazarillos implacables,
sociólogos y psiquiatras,
para remover esas aguas sin superficie ni fondo,
opacas y brillosas, donde agoniza el otoño.
Para que te griten tu vida y en la bandeja
dejes los interiores de esa cabeza
que es sólo peso e incomoda la columna:
una buena terapia que ponga al corriente
y explique lo que vienes significando,
mezcla así sin compasión tu impotencia con los temores al cambio,
la risa de animal enfermo con la inclinación al sueño,
remece las incongruencias,
la comprensión vital de la lucha entre las clases,
el apego al orden de casa y esa viciosa atracción
por el barrio de los domésticos.

Nunca estuviste de acuerdo —eso diles— sé claro,
en ambos mundos.

Porfiabas intuitiva y tercamente,
lo mirabas terriblemente distinto,
empezaste a ser distinto, eras otro y no lo eras.
Diles eso, diles con las palabras que tengas cerca,
improvisa, ellos te entenderán.

Esos ojillos mirarán hacia adentro sin soltar la carcajada,
serán amables, lo conocen a la perfección.

De una posibilidad brillante, un excelente muchacho,
corazón de oro,

darás pena mordiéndote la cola, rombo vicioso, débil de carácter.

Si te comes las uñas, si deformas la placidez del rostro,
si con las justas te expresas, una buena dosis y al campo.

Digamos que estuviste entre ellos sin serlo nunca,
intento vano, ganas improductivas, o que no podías ser igual.
Ellos te lo harán decir si no encuentras cómo, vamos, insiste,

no temas, escoge los mejores detalles:

“... algo así como el orden físico, del cuerpo al mental;
si duda, frío, calculado; el tiempo bien vestido
con la mujer exacta y en el centro.

Hasta puedes olerlo, drásticamente encasillado
en un funcionamiento sin ataduras, mezcla de acción y certeza”.
Mejor así, unas píldoras y estos textos.

El significado de tu vida y el momento histórico.

Mi primer llanto, mi primera frustración, mi atadura en el atasco,
mis ganas y mi incapacidad, esas muchacho no tan muchacho,
esas te las comeś tú:

abres la bocaza y te las aguantas, te las atragantas vivas,
te las devoras con fuego y agua, les haces un sitio.

El resto puede ser consultado en la bibliografía.

Lo tuyo, ni para literatura, ni con talento.

LECHOS BALDIOS

He venido a ver a mis hijos
—infancia recobrada—
heredad del poeta:
descalzo, indefenso,
para cubrirme con la almohada de tanto dolor que ignoro,
tanta hambre que implacable me atormenta.
No he sabido hacer de mi vida sino este desorden,
calles que se vienen encima con la luna como un mero adorno,
me inquieto y me agito,
vayamos a contemplar el mar que no existe entre estas paredes
de sodio.

Pero si soy yo,
antiguo enigma que no supo qué hacer con las ramas
de la genealogía,
cauce cubierto por el tiempo que no perdona,
dolor barato, licor barato, como mi honra.

Soy yo, hijos, quien no supo encontrarle dignidad a la existencia,
me hizo así, lo que fue su padre
—no indaguéis—
—no claméis—
vago por los tumbos, astro ebrio, hasta que llego, de cuando en vez,
y los besa intenso en la frente igual a una vida que se recobra.
Su aliento a talco y pesadumbre es el heno en un invierno crudo.
Llego de numerosas noches echadas al agua:
nada se encontró, aparte de recelo y desconfianza.
Amores blandos y tiernos, cogedme,
que si abren los ojos la vida será lo que es,
un verdadero canto entre los árboles que ansían la mañana.
Hasta mañana, hijos, dormid sin piedad ni misericordia,
su padre acaba de llegar, trastabillea, sube las escaleras,
los mira, los estruja, los retuerce en su saco vacío
hasta despertarlos entre gritos y llantos
—borracho, borracho—
río que se desboca hacia los mares, enloquecido y quieto,
asombrado por el espanto.

PUERTA DE LILAS

Quedan allí, asunto literario, los dos ancianos y el jazmín.
Quedan allí dándole alpiste al canario.
Momento de silencios y cansancio a la vista:
poco apetito, inseguridad, desgano.
Son esta vida que se va y escapa en frases inconclusas.
Allí se reza en los dormitorios,
se evita al sol y a las corrientes de aire,
sólo en sus frentes hay un gesto perenne que ni el sueño desvela:
el rumor de unas aguas tibias entre las sábanas
y una memoria caprichosa, retentiva, fugaz e inesperada
—algunos campos verdes, una cabalgata,
una playa dorada por aves marinas.
Allí la vida hace sus visitas a escondidas:
son los instantes gratos, los brindis,
la presencia de la hija que se fue.

Se lee de a pocos, se dormita,
se levantan los insomnios en un pensamiento fijo.
El mundo ha partido, éste, con sus amenazas constantes.
Otros son sus peligros, sus temores, sus ansias.
Estarse así, sin ser vistos, dos alondras,
dos insectos,cualquier cosa, poco da, sí, poco da,
apretándose en la tormenta.
La realidad allí se despuebla.
Se ingresa de puntillas, sin despertarlos,
un beso en la frente es suficiente.
Un beso que los mantenga donde están dentro del poema.

HACIENDO MEMORIA

Tardé excesivamente en irme.

Antes vi, con desgano, envejecer a mi mujer
y a este cuerpo que no es otra cosa que mi persona,
distante de esos recuerdos de oro trazando una luz
entre el aire de mar.

Vi a mis hijos irse sin sollozos,
bastardos alegres como me fui yo,
dejando a mi padre entre sus libros
impedido de atar una línea detrás de la otra.

Antes vi a mi perro enloquecer bajo la luna.
Al jardín transformarse en una jungla salvaje.

Vi morir a toda mi parentela:
primero a mis padres después de una vejez prolongada
como un arco tenso en las praderas.

Los oí gemir, quejarse, perder la memoria,
mirarme a los ojos como al rocío de las enredaderas.

A mi mujer perder el humor y las ganas.
A los amigos enseñorearse cada cual en su destino, tajantes,
dejándome en un sitio que la desidia fue convirtiendo en el sitio,
la rutina en la atmósfera, cada vez más incómodo e inhóspito.
Vi irse al sol definitivamente.
Al eco dejar de retumbar en las montañas de Chaclacayo.
Nebuloso me fui quedando con mis propias sombras,
 mis balbuceos,
el vejete ése que vive en los altos era por fin yo,
la imagen última que tarda en desaparecer por los corredores
 del fondo.

ESE LAGO ERA AZUL

Me duele llegar al principio y verte así, enferma,
porque ese lago era azul y contenía los primeros años,
aquellos en que se bebía del agua como el ganado
inclina la cabeza con la confianza de que es buena.

Fue, además, mi agua.

Dulce entre la amargura,
quieta entre el tormento de los fuegos
que aplacaba como si lluvia fuera.

Verte así, después de haber partido,
me dice que termina para siempre el ciclo de la cosecha;
que quedo por los siglos con la palabra sin entenderla,
viéndote ir, intentando despedirte, espantando a los pájaros
que se posan en los techos de casa.

Ido por allá,
de vuelta me encuentro con la sombra de los desechos.

Manto duro tejido con los estertores de los enfermos,
como agonizan los mamíferos,
sin piel que cubrir cayendo en las noches de espacios pequeños.

Vuelvo en la contradictoria ambivalencia de quien concluye o inicia;
veo amoratado aquello que era de rosa y sangre,
veo y comprendo que más allá de los límites
existe otra dimensión fusionada en la saliva de las aves errantes.
Por más que mueras esto que te mira enferma, mutilada,
parodia inaudita,
es tuyo, estuvo entre tus muslos, en el vientre,
carne de tu carne, sangre y agua,
regresa para verte partir, llega para irse de nuevo.

Era buena, bebí de ella,
como el pasto que se alimenta y estira.

De la mano, en el instante en que te vas, llego.

ARROYO

ARROYO

Asumir o negar:

maldito cuerno, vientre incólume, suerte echada.

Huraño, reacio, indiferente,

no me salvaré proponiéndome las diversas imágenes
que nos hemos hecho del paraíso terreno, baldío lugar.

Asumir la herencia de la muerte o lo que es.

Negar la llamarada que se nos incendia en un pozo sin fondo.

Así mi experiencia transcurre alternando sin criterio ya

hacia dónde enrumba:

va, acaso, hacia allá o regresa donde por azar estuvo.

Digámonos sin amparos que el presente es un lugar desprovisto
del aleteo de las aves;

que se perece envuelto en el lamentable proceso de descomposición:
o se vende o se arroja.

Sin duda debe ser alejado.
Fue triste cómo nos deshicimos de los familiares tocados,
aquejados cerebros incapacitados por la burla.
Asumir, pues, de malagana las estrategias de las conveniencias;
dejarse llevar por el murmullo de los pies entre las hojas.
Echémosle la culpa a la inteligencia, sin pedestal ni tabladillo,
pues qué será ese brillo intenso —por qué no—
comparado con la avidez de la dentadura.
De ese modo se buscó un claro en el follaje.
Se supo que detrás, oculta, si bien no era verdad, era lo que era.
Buscarle nombre es ocioso:
el licor cuando se sube a la cabeza lo sabe bien.
Por ahora sujeto en las corrientes de aire, sin brújulas,
ni raíz o prole,
sólo seré lo que se desprenda de mi afirmación o negación,
como si dependiera de mí, emboscadas y atajos.
Jugársela, eso es. Equivocarse o acertar.
O estarse envuelto en el ritmo crepitoso de la podredumbre.
Conozco bien el estado de ruina:
glorietas, parajes, alamedas, la ruina humana.
Opta y elige,
he allí la bondad de la filosofía y la venganza
de la naturaleza.
He negado lo que he asumido,
habito en el lindero que la cabeza me permite, sin acción,
única manera de constatar que acá se estuvo y se está.
En vano mis libros, mis hijos, mis árboles.
En vano mi regodeo y lucubraciones sobre lo que soy sin serlo.
Bien lo he comprendido:
lo que no se hizo no existe aunque more en las aguas del deseo.
El mundo está devastado por las ideas, las ideas,
marco de la acción.

Por supuesto: me las vi envuelto en un mundo no visible
en tanto actos, estuve así, bien absurdo,
personajes que se me aparecían en sombras.
No he asumido ni negado.

Planteado dilema, híbrido como soy,
transparente ánima, no escaparé al calor ruin
tapado en pasto y tierra.

MUEVE LA COLA

Muévete.

He aquí las monedas que conducen a ese cielo:
sombra eterna y oscura
pues mira cómo se mueve y cobra forma en las formas,
reluce también en una cara exacta a la navaja en busca de su filo,
luz que se hace intensa en el transcurso del día,
día que crece y se desploma.

Asegúrate.

El movimiento del mar es una buena lección en la vida,
las boyas jamás mantienen su sitio, van y vienen, bamboleándose,
diestras en ese maremagma sin fronteras,
tenaces a la sobrevivencia en las mareas altas y en las bajas,
enigma de una fluorescencia penetrante en un olor poroso
de aguas quietas y en revuelta.

Arrímate a ese palo. Mírate y no te temas.

Son fragmentos en busca de continuidad los actos que se diluyen
tras las huellas;
viento que borre aquello sepultado, un botín acaso,
unos huesos acaso en desorden.

Da las contorsiones más astutas,
esas que vienen igual a los manantiales tenaces:
lo que oculta ofende en desconfianza.

Los labios traicionan —el pez por la boca muere—
no olvidar al silencio y su buena sombra, sus estrategias,
eres de los que saben lo que buscan.

Busca. De can y humano son los huesos. Mueve la cola. Festéjalo.
Estáte allí como una columnata, anónimo,
míralo con el detenimiento de un animal pequeño e inofensivo
—que no hay enemigo pequeño—
y él lo sabe, sabe bien la importancia de los alimentos y recógelos,
—que sabe que habrás de recogerlo—

témelo pero no le engañes proponiéndote fiero.
Muévela bien.

Que el brillo de los ojos no sea más intenso.
Ten menos siempre, sé menos feliz,
que cuando compare sea él ganador,
ímítalo con el agrado de las manos,
y revuélcate en su reino recogiendo lo que en gracia, compasión
y humor
decida lo que es tuyo para servirlo mejor.

FRAY LUIS Y EL BAÑO DEL QUEIROLO

Ni envidioso ni envidiado.

En las últimas mesas en las del fondo,
santificado en el olor más pútrido del verano
junto al aserrín y los baños,
un parroquiano más acostumbrado a malgastarse,
así quisiéramos vernos un instante al menos
para zafarnos como quien se sumerge en las aguas
sin otra cara que la suya en las fronteras del cielo.

Para qué mantenerse, ganarse el alimento, estarse acá
si de intrigas nos vamos agobiando buen lector de astros,
pues sé bien que ellos se encaminan hasta el fondo del océano.
Acá no hay ningún cantor de gesta,
alguien que lírico se alce ataviado de luces,
robusto y ejemplar sobre un potro brioso.

Buena imagen mas la realidad nos quema con su veneno
transparente.
Nos dice que el excremento se modela en nosotros,
concubino agazapado,
y propicia los estímulos de mantenernos hasta las distancias
de la jabalina,
sin paz al final, ojos y bocas repleto de blasfemias.

Junto a los orines entonces quisiéramos vernos un instante
al menos,
— sin dar lástima —
sin envidias
—donde los pocos sabios dicen haberse ido—.

LA VIDA DA TANTAS VUELTAS

Tantas como para no saber dónde estoy
ni quién es propietario de este cuerpo escarnecido.
Viejas son las tradiciones que se agolpan en las fogatas
como en esos labios cuando analizan el sentido de los actos:
sabor que recorre como el agua el piso del río
hasta llegar a las evidencias del conocimiento:
pájaros en la picota, puñal incrustado en la sábana,
hurto del último hígado, el engaño con el rocío.

Me comerán íntegro los cuervos que jamás crié
como que negaré el amor a los padres y de los hijos.
Qué solvencia da la sangre en la parentela de los tíos
y los primos,
la amistad frondosa en un paraíso de espinas,
la voracidad del amor —nutrición y desperdicios—
pues si esas son las amenazas que con los años me señalan,

ténme aquí, entero a los colmillos,
que en mi confianza subyace nuestra muerte,
en mi chaleco aguarda el gatillo, el filo en las medias.

Perecemos, sin renacimiento,
como las manadas de peces atónitos sujetos a su instinto.
Cuestión de tiempo y años, de sabiduría bien ganada
trasmitiendo lo elemental con la naturalidad de quien entiende
el chasquido secreto de las lluvias.

Ningún intenso fulgor es permanente ni deberá serlo:
brindemos por la muerte de mi esposa, por la golpiza,
la furibunda caída, el fracaso de quien quería,
por ese barro amontonado en los basurales, ese perro inaudito
—ése, injerto de hambre y calleja—
por mi descalabro en las escaleras, hasta abajo,
ruido que los dejará dormidos, si es él, costillas pulverizadas,
pero sácame la risita, sácamela con la inevitable dulzura
de que es una constelación mayor y más intensa,
desde los riñones, incontrolable.

;Que quieres de mí al mismo de antes!:—
aquel que era, así, entendido
por las cinco maneras de conocerme y estarnos juntos,
atisbo hacia los adentros, socavones de sal, pereza y convicciones:
las espaldas, duras en el nervio, los pisos y los serruchos,
la escopeta con su mira dislocada,
lee lo que en pensamientos se entreteje como una araña
en su paciencia;
trampas y fortines, apágame la luz y desmantelo los sesos,
succiono la piel hasta dejarla colgada,
sujetándola como una cabra que se atolondra en su soga,
antes que me claves ésa que guardas para el momento,

el momento que cuando llega lo nubla en el espinazo,
le saca a uno los zapatos, le pone una manta e inunda
las habitaciones de estremecimiento.

¡Tantas!

Enumera, mentecato, las experiencias de una existencia bien vivida.
Sube y baja. Tobogán. Parque de distracciones e injurias.
A las carcajadas y a los llantos. . . mísero y en bonanza,
holgazán, por los recovecos, con las vísceras en orden y en revuelta.

Lo tengo en el bolsillo:
arena que sólo se desplaza en el viento,
rocosa porosidad que sólo se consume en su sitio.
Mi cabeza, las extremidades y este tórax,
mi tos y mi saliva, algunas palabras y estos enseres,
mis ropas, cigarrillos, un trago, algunas historias,
la moraleja del cuento, la anécdota,
trama aquella en que nos introducimos, escenas y monólogos,
 arias desesperadas,
por fin los animales vuelven bello el paisaje,
despejan mi mente, azul, desinfectada,
aguardando
 respirando
exhalando la madrugada en su vasto recorrido de un extremo al otro.

ABROJO

Por mis adentros estarás contra las corrientes y esas heladas,
dura en esta parte del cuerpo que es a la noche estorbo o sal,
encuentra allende otros lares más benignos y sin vergüenza,
haz de la vida lo que la naturaleza ordena:
procrea y defeca, sacia apetitos, levanta la vivienda
aunque no sea en la morada de los sueños,
que sueños los sueños son, y basta.

En mí, entre las agallas y los riñones,
arrodiado sin que lo haya hecho venir,
me mira hacia el fondo:
cristales a esta edad para que me ponga a hacer componendas
con el pasado y el futuro, ni hablar,
sin castigo ni piedad el cielo se levanta a cubrir otros vacíos.

Hiciste bien en dejarme.

Entre las artimañas de la mente, en esos momentos,
mecanismos habrán que escogen, optan y dejan de lado.

Agua subversiva que me haces vivir,
resistencia que me traes al dolor, eres inteligente y cruel.

Ingrata. Sabia como la fortaleza de las montañas en mi infancia,
imagen torpe ahora mas sedante al descanso.

Qué se hace uno sin la obediencia del cuerpo.

Palabras que reordeno para entenderme haciendo de los defectos
virtudes y de los miedos arrojo.

Mantengo firme la esperanza, anciano bellaco, de morirme
comprendiéndolo.

Lo que se dejó fue puesto de lado.

Lo que se tuvo, así entre los restos,
a ver cuánto crees en lo que crees, cuán verdaderas esas ideas,
cuán leal a ti mismo, como un reto, combate de la ceniza en la leña,
para tu honra pues ni descendencia dejas.

Para mis adentros nomás, para mi propia historia.

Tú te fuiste, heroína, recuérdalo: hacía lluvia.

Noche gigante de estrellas absurdas, me retengo mirándote,
bella e inexistente,

aunque no haya sido cierto estuvo aquí, entre las vértebras,
nadie lo pudo comprar:

poco importa a los años si por inservible o demente.

En esas pendientes en las cuales la sangre suele atascarse,
poniéndolo blanco, con la mirada suelta ya,
terminará de llegar el principio al final.

Acabado, entonces, todo habrá sido dicho.

LA PAZ Y LA GUERRA

Es difícil, aun cuando creamos haberla encontrado,
estarse en paz:
consigo y con el mundo,
en este país tierra del espanto, de los pobres y los ricos,
atravesado por ríos que van a despanzurrarse sin aguas al mar.
Aquí naciste hijo de las 7 leches:
creciste sin tumba fija y un constante dolor en el estómago.
Tierra sabia y fértil que los gobernantes supieron dilapidar.
De esto hay mucho que decir, sobrio y ebrio, y mucho que hacer:
ah hermanos, abotagado de literatura uno se envenena
si quiere darle coherencia al pensamiento,
diestro en engaños, hábil en conjeturas, frágil en convicciones.
Porque se está en el mundo elementalmente para vivir y morir.
Se está en este país arremolinado en la tormenta
más allá de la belleza plácida de sus paisajes
en la escalonada de sus injusticias.

Amplios ojos de lince amoratados por tanta riña por sobrevivir:
el gran acto por un detalle, zafarse de la vida familiar,
del dinero como medio.

Paz y descanso, eso creí, ordenando el brillo de mis escuadras.
Lápida donde mora la parentela destrozada por el rumor
de las lluvias.

Donde naciste han muerto a mansalva.

Flor que enerva a la sangre.

Los que se la juegan están en la mira de los que la usufructan,
horizonte oscuro y cercano.

Ganársela, necesidad real y mezquina.

El canto de las antorchas.

Querida avestruz, excelente imagen del ciudadano promedio,
fin de semana y mis calmantes, la costumbre del excremento,
consigo y con el mundo

en este país estarse en paz equivale a estarse muerto.

INDICE

En cara

En cara	9
Los bigotes del salmón	13
De vuelta a casa	17
Griterío	21
Alas de mariposa	23
La última comida	25
La golondrina del verano	27

La glorieta

La glorieta	33
Jardín interior	35
Herencia de las arañas	37
Sed de invidente	39
Lechos baldíos	41
Puerta de lilas	43
Haciendo memoria	45

Arroyo

Arroyo	51
Mueve la cola	55
Fray Luis y el baño del Queirolo	57
La vida da tantas vueltas	59
Abrojo	63
La paz y la guerra	65

Este libro se terminó de imprimir
el 7 de octubre de 1980



3 9001 01176 2849

84

16534

Barcode
Inside

Sánchez León (...) es casi absolutamente ajeno al experimentalismo (en todo caso, no experimenta lo experimentado), pero explora con amplitud y hondura crecientes esa encrucijada de su propio yo y entorno donde se inserta y problematiza. De ahí que trasunte las tensiones, el angustioso esfuerzo por articularse en un nuevo contexto comunitario. Por eso, cada uno de sus poemas representa la secreción de una conciencia desollada por la aspereza del contacto con la realidad humana y social. Una experiencia en el nivel no del sueño sino de la vigilia más exacerbada.

Javier Sologuren

Sabe convertir lo personal en lo de todos y lo de todos en una forma muy personal de la angustia y del desasosiego.

Alfredo Bryce Echenique

El lenguaje poético de Sánchez León a veces se permite una bajeza insultante; se trata de algo deliberado: está abofeteando el impasible rostro del burgués que lo provoca.

José Miguel Oviedo

Sánchez León no es el arcángel o el guerrillero que presagia un nuevo orden. Su sensibilidad es la del derrotado: un anacoreta que nada espera del mundo, del desierto hogareño.

Elqui Burgos

mosca azul
editores



(Foto de la tapa: Mariella Agois)